

mayor el efecto directo y la significación de la escasez de divisas.

Estas observaciones y otras semejantes se analizan en los dos capítulos de reseña y en el apéndice al capítulo de FitzGerald; decir más aquí sería superfluo. Será preferible que pasemos ahora a una breve reseña del contexto internacional de nuestros estudios de casos particulares.

#### LA ECONOMÍA MUNDIAL 1913-1929

El tema decisivo del periodo es la sustitución de Gran Bretaña por los Estados Unidos como la potencia dominante en el comercio y la inversión, sobre todo en lo tocante a América Latina.

El estallido de la primera Guerra Mundial fue el punto de inflexión de la declinación de la economía del mundo capitalista clásico basada en el papel dominante de Gran Bretaña y la operación del patrón oro. Aunque los mecanismos de ajuste supuestamente automáticos del sistema del oro no eran tan perfectos como se había pensado por muchos años, el sistema había funcionado razonablemente bien mediante la evitación *ex ante* de disparidades sustanciales en la competitividad de los costos.<sup>6</sup> Pero ya habían venido surgiendo ciertas fuerzas impulsoras del cambio mucho tiempo antes de 1913. Había dos grandes tendencias que señalaban la necesidad de una reestructuración radical de las instituciones financieras y comerciales. Primero, ya estaba ocurriendo el cambio de los flujos de comercio e inversión, aunque sus consecuencias sólo podrían apreciarse en una visión retrospectiva. El papel de los Estados Unidos estaba aumentando enormemente desde principios de siglo: para 1913, muchos países noroccidentales de América Latina estaban importando casi tanto de los Estados Unidos como de Gran Bretaña, lo que ya era un gran cambio en comparación con la situación del decenio de 1890. La inversión norteamericana estaba avanzando rápidamente, por ejemplo, en el cobre peruano y chileno y en el azúcar cubano, así como en las economías centroamericanas. Segundo, ya estaban ocurriendo ciertos cambios que conducirían a un exceso creciente de oferta de productos primarios y a una creciente inestabilidad del mercado (aunque la bonanza de principios del siglo ocultaba las tendencias subyacentes). Estos cambios ocurrían tanto del lado de la demanda como del de la oferta. Del lado de la demanda se estaba frenando el crecimiento demográfico en los países desarrollados, y el aumento del ingreso generaba un crecimiento proporcionalmente

<sup>6</sup> Véase el análisis de Triffin citado en Aldcroft (1977). El tema es todavía muy controvertido; véase a Lindert (1969), y McCloskey y Zecher (1981).

más lento de la demanda de alimentos. Del lado de la oferta, el cambio técnico y la modernización estaban incrementando la productividad.<sup>7</sup> Estas tendencias se vieron contrarrestadas sólo en el caso de algunos productos por el cambio técnico que generaba nuevos productos y nuevas demandas: factor que tendría mayor importancia en los años veinte.

Pero la guerra representó claramente una gran discontinuidad. En cuatro años se aceleró enormemente el cambio de las estructuras comerciales, ya que por una parte declinó marcadamente la posición de Gran Bretaña en el comercio mundial, para no recuperarse plenamente jamás, mientras que por la otra florecían repentinamente las oportunidades de exportación de los Estados Unidos y Japón. La guerra estimuló también un aumento importante de la capacidad productiva en muchos productos primarios donde había ya un peligro inminente del exceso de oferta. El azúcar fue quizá el ejemplo más notable, pero lo mismo se aplicaba a muchos otros alimentos y materias primas donde la producción europea interna se veía temporalmente interrumpida.

En virtud de que el sistema antiguo estaba perturbado y que surgían nuevas fuerzas de cambio en formas tales como un mayor papel del Estado y el fortalecimiento de los movimientos laborales tras la Revolución rusa, había en 1919 una oportunidad de revisar todas las ideas y de evaluar y abordar los problemas subyacentes. Pero los problemas no se percibieron. Lo que destacaba en el periodo de la posguerra, por lo menos en Gran Bretaña y los Estados Unidos, era la necesidad de volver al sistema antiguo, en particular al patrón oro y, en la medida de lo posible, a las paridades de la tasa de cambio de antes de la guerra. A partir de 1922 hubo una expansión económica sostenida en los Estados Unidos y en muchos países europeos, aunque Gran Bretaña estaba luchando con la deflación en su intento por restablecer y mantener la paridad de antes de la guerra. Pero el sistema era básicamente inadecuado y los movimientos de capital sólo ocultaban temporalmente las grietas. Antes de la guerra, el sistema había operado con un solo centro —Londres—, lo que significaba reservas bajas y la imposibilidad de enfrentar una moneda de reserva a otra. Aunque lejos de la perfección, el sistema estaba más cerca de un equilibrio que ahora.

En el periodo de la posguerra nunca funcionó bien el sistema cambio-oro que se restableció; había demasiados centros: los Estados Unidos carecían de experiencia y ni éstos ni Francia estaban com-

<sup>7</sup> Hardach, en Aldcroft (1977) y Loveday (1931), p. 86.



